



TUMBAS PROFANADAS.
IGLESIA DE SAN MIGUEL DE TOLEDO.





EL MARTIRIO DE LOS SANTOS O CÓMO DEMOSTRAR SE PROFANARON SUS CUERPOS

En un trabajo excelente del periodista e historiador **Eduardo Palomar Baró**, que puede consultarse en el nº 113 de *Razón Española*, se afirma que la **Carta colectiva de los obispos españoles a los de todo el mundo con motivo de la guerra de España** es el documento más importante y significativo del magisterio episcopal español en lo referente a la Guerra Civil y a la persecución religiosa que se desencadenó con toda virulencia en la zona republicana a partir del 18 de julio de 1936. Se escribió en Pamplona en 1937 y se tradujo a 14 lenguas, con 36 ediciones.

Esta *Carta colectiva* la redactó el cardenal primado **Isidro Gomá y Tomás**, a quien el alzamiento militar del 18 de julio de 1936 sorprendió en Tarazona, donde había acudido para la consagración episcopal de **Gregorio Modrego y Casaus**, que iba a ser su obispo auxiliar. La consagración fue aplazada hasta octubre y Gomá se trasladó a Pamplona, donde fue acogido por el obispo **Marcelino Olaechea**. Centenares de sacerdotes fueron igualmente acogidos y atendidos por la generosa hospitalidad del obispo Olaechea en la Casa de Ejercicios de las Esclavas de Cristo Rey de la Capital navarra.

El cardenal Gomá siguió la Guerra Civil desde Navarra, en la que el conflicto se vivió, no como un movimiento militar contra la República, sino como una auténtica «cruzada» contra el comunismo ateo y en defensa de la civilización cristiana.

Ninguno de los otros tres cardenales españoles estuvo en la zona republicana, pues el arzobispo de Tarragona, cardenal **Francisco Vidal y Barraquer**, se salvó verdaderamente *in extremis*, ya que el día 21 de julio de 1936 fue detenido en Poblet (Tarragona) -donde se había refugiado por recomendación de la Generalidad, debido a que no podía garantizar su seguridad-, junto con el obispo auxiliar Manuel Borrás Ferrer, por un grupo de milicianos de la FAI.

Gracias a las extraordinarias dotes de serenidad que poseía el cardenal Vidal y, sobre todo, a la intervención directa del presidente de la Generalidad, Lluís Companys, que consiguió sacarle de la prisión de Montblanc el 23 de julio, fue trasladado a Barcelona, de donde, el 30 de julio de 1936, embarcó en el crucero italiano Flume, que lo llevó a Roma, siendo acogido en la cartuja italiana de Farneta, cerca de Lucca. No regresó ya a España; murió el 13 de septiembre de 1943 en Friburgo (Suiza). El 25 de septiembre de 1943, la Embajada española organizó un solemne funeral en Montserrat de los Españoles.

Peor suerte corrió su obispo auxiliar, el **Siervo de Dios Manuel Borrás Ferrer** que murió martirizado el 12 de agosto de 1936 en Coll de Lilla (Montblanc, Tarragona).





El cardenal **Eustaquio Ilundáin Esteban** estuvo siempre en Sevilla, en zona nacional, y el cardenal Pedro Segura Sáez permaneció en su obligado exilio romano, ya que había sido expulsado de España por el Gobierno de la República a mediados de 1931. En el año 1937, el papa Pío XI le nombró sucesor del fallecido Ilundáin en la sede hispalense.

Según se sabe, el 12 de diciembre de 1936 el cardenal Gomá fue recibido por el papa Pío XI. Apenas regresó a España, el Cardenal pidió a Franco una entrevista, que se celebró el 29 de diciembre de 1936. Meses después, en marzo de 1937, Pío XI dejaba a Gomá libertad para proceder a la redacción de una carta colectiva, según su criterio. El Cardenal actuó con mucha calma, ya que quería conocer antes la opinión de los dos grandes ausentes: el cardenal Vidal y Barraquer y el obispo de Vitoria, Mateo Múgica Urrestarazu, que, obedeciendo órdenes del Vaticano, había abandonado España el 14 de octubre de 1936 para refugiarse en Roma, acusado por la Junta de Defensa de tolerar propaganda separatista en el seminario y de proteger a sacerdotes enemigos del Movimiento. Los obispos de Tarragona y de Vitoria respondieron los días 16 y 17 de marzo de 1937. Para Vidal y Barraquer la carta podía resultar inoportuna y aumentar, en zona roja, las «represalias y violencias» contra los católicos. Múgica, que también sentía preocupación por aquellos de sus diocesanos que estaban al otro lado de las líneas, declaró que la carta le parecía conveniente aunque dudaba de «*si sería mejor esperar un poco*». De hecho, el cardenal Gomá se atuvo al criterio de Múgica y esperó hasta que toda la diócesis de Vitoria se encontró en poder de los nacionales.

El 8 de junio de 1937 Gomá anunció a Pacelli (más tarde Pío XII), haber llegado a la convicción de que era necesaria la carta pastoral colectiva. Él mismo redactó el borrador que, después de comunicado a la Santa Sede, se envió a todos los obispos el 14 de junio de 1937⁴.

Este documento sigue siendo muy discutido, según las opuestas tendencias, y, sobre todo, porque comprometió a la Iglesia con el nuevo régimen; pero, en aquellas circunstancias, los obispos no podían hacer otra cosa, habida cuenta del holocausto provocado por la persecución.

La Carta, que consta de nueve apartados, tuvo como objetivo «*que se conozca la verdad de lo*

⁴ La Carta colectiva fue suscrita por Isidro, cardenal Gomá y Tomás, arzobispo de Toledo; Eustaquio, cardenal Ilundáin y Esteban, arzobispo de Sevilla; Prudencio, arzobispo de Valencia; Rigoberto, arzobispo de Zaragoza; Manuel, arzobispo de Burgos; Agustín, arzobispo de Granada, administrador apostólico de Almería, Guadix y Jaén; Tomás, arzobispo de Santiago; José, arzobispo de Mallorca; Adolfo, obispo de Córdoba, administrador apostólico del obispado-priorato de Ciudad Real; Antonio, obispo de Astorga; Leopoldo, obispo de Madrid-Alcalá; Manuel, obispo de Palencia; Enrique, obispo de Salamanca; Valentín, obispo de Solsona; Justino, obispo de Urgel; Miguel de los Santos, obispo de Cartagena; Fidel, obispo de Calahorra; Florencio, obispo de Orense; Rafael, obispo de Lugo; Félix, obispo de Tortosa, Fr. Albino, obispo de Tenerife; Juan, obispo de Jaca; Juan, obispo de Vich; Nicanor, obispo de Tarazona, administrador apostólico de Tudela; José, obispo de Santander; Feliciano, obispo de Plasencia; Antonio, obispo de Queroneso de Creta, administrador apostólico de Ibiza; Luciano, obispo de Segovia; Manuel, obispo de Curio, administrador apostólico de Ciudad Rodrigo; Manuel, obispo de Zamora; Lino, obispo de Huesca; Antonio, obispo de Tuy; José María, obispo de Badajoz; José, obispo de Gerona; Justo, obispo de Oviedo; Fr. Francisco, obispo de Coria; Benjamín, obispo de Teruel-Albarracín; Santos, obispo de Ávila; Balbino, obispo de Málaga; Marcelino, obispo de Pamplona; Antonio, obispo de Canarias; Hilario Yaben, vicario capitular de Sigüenza; Eugenio Domaica, vicario capitular de Cádiz, Emilio F. García, vicario capitular de Ceuta; Fernando Álvarez, vicario capitular de León, y José Zurita, vicario capitular de Valladolid.





ocurrido en España para rectificar juicios extraviados». Para ello, analiza los hechos acaecidos en España y que condujeron a la sublevación, los caracteres de los movimientos enfrentados y la posición de la Iglesia española. Se detiene particularmente en las notas más llamativas de la revolución comunista, a la que aplica, justificándolos en concienzudos párrafos, los siguientes adjetivos: excepcional, premeditada, cruel, inhumana, bárbara, antiespañola y anticristiana.

En esta publicación no pretendemos hacer un exhaustivo análisis del texto. El desconocimiento de los documentos y la libre opinión fragmenta, muchas veces, la capacidad para comprender la verdad de los hechos históricos. Debe quedar claro que la Iglesia no apoyó a Franco para levantarse en armas contra la República. Franco nunca pidió la ayuda a los obispos. La Iglesia escribe en 1937 un documento denunciando la cruel persecución que ya había padecido prácticamente en su totalidad.

La falta de formación en tantos, y especialmente en nuestros jóvenes, me lleva a esta larga introducción para dar paso a una parte del nº 6 de la *Carta Colectiva*. Fácilmente se puede encontrar y leer íntegra en internet. El texto que nos interesa dice lo siguiente:

“Contamos los mártires por millares; su testimonio es una esperanza para nuestra pobre patria; pero casi no hallaríamos en el Martirologio romano una forma de martirio no usada por el comunismo, sin exceptuar la crucifixión; y en cambio hay formas nuevas de tormento que han consentido las sustancias y máquinas modernas.

El odio a Jesucristo y a la Virgen ha llegado al paroxismo, y en los centenares de Crucifijos acuchillados, en las imágenes de la Virgen bestialmente profanadas, en los pasquines de Bilbao en que se blasfemaba sacrílegamente de la Madre de Dios, en la infame literatura de las trincheras rojas, en que se ridiculizan los divinos misterios, en la reiterada profanación de las Sagradas Formas, podemos adivinar el odio del infierno encarnado en nuestros infelices comunistas. “Tenía jurado vengarme de ti” -¡Le decía uno de ellos al Señor encerrado en el Sagrario; y encañonando la pistola disparó contra él, diciendo: “Ríndete a los rojos; ríndete al marxismo.”

Ha sido espantosa la profanación de las sagradas reliquias: han sido destrozados o quemados los cuerpos de San Narciso, San Pascual Bailón, la Beata Beatriz de Silva, San Bernardo Calvó y otros. Las formas de profanación son inverosímiles, y casi no se conciben sin sugestión diabólica. Las campanas han sido destrozadas y fundidas. El culto, absolutamente suprimido en todo el territorio comunista, si se exceptúa una pequeña porción del Norte. Gran número de templos, entre ellos verdaderas joyas de arte, han sido totalmente arrasados: en esta obra inicua se ha obligado a trabajar a pobres sacerdotes. Famosas imágenes de veneración secular han desaparecido para siempre, destruidas o quemadas.”





1

SAN NARCISO DE GERONA

(+304)

RESEÑA BIOGRÁFICA

Obispo de Gerona y, probablemente, nacido en esta misma ciudad. Apóstol legendario de Augsburgo (Alemania), según las actas apócrifas de la conversión de Santa Afra. Se cuenta que un día los gerundenses perdieron a su obispo y, conociendo el pueblo las grandes virtudes cristianas que adornaban a Narciso, le aclamaron para ser el nuevo pastor.

La paz había sido general durante el reinado de Diocleciano. El joven Obispo se había podido entregar plenamente al servicio de la Iglesia. Pero, de pronto, en el año 303, se decretó una nueva y terrible persecución contra el Cristianismo, que fue recrudeciéndose paulatinamente.

Narciso se vio obligado, para salvar la vida, a abandonar su sede. Junto con su diácono Félix, se dirigió a Alemania, abrigando la esperanza de poder seguir trabajando allí en la extensión de la Iglesia. Pero tampoco aquella parte del Imperio se libraba de la persecución, pues el emperador estaba persuadido de que el Cristianismo era el mayor obstáculo para el restablecimiento de la grandeza romana, que parecía eclipsarse por momentos.

Nos dice la tradición que, llegados a Augsburgo, tuvieron que refugiarse rápidamente en casa de Afra, para escapar de sus perseguidores. Afra era una mujer pagana que vivía deshonestamente, a la que Narciso convertirá al Cristianismo.

Atenuada algo la persecución, decidió el Santo partir de nuevo hacia España. Vuelto a Gerona, siguió edificando al pueblo con su vida santa, consolándolo y confortándolo en toda tribulación. La Iglesia cristiana seguía creciendo y ello exasperaba a sus enemigos, los cuales no cesaron de buscar la ocasión propicia para asesinarlo.

Y aconteció que, estando un día celebrando el Santo Sacrificio de la Misa en la catedral, Narciso, el obispo santo de Gerona, fue vilmente apuñalado, juntamente con su diácono San Félix.



PROFANACIÓN

Se conserva un documento del siglo XI en que podemos leer: *“De nuestro gloriosísimo padre Narciso, pontífice y mártir de Cristo, enviamos fragmentos de los vestidos y de la estola que hay en el sepulcro, pero no hemos querido enviar partes de su cuerpo, y que hasta ahora se conserva incorrupto, por la gracia de Dios”*.

En todas las fuentes consultadas se menciona que el cuerpo del Santo fue encontrado incorrupto entre los siglos X y principios del XI. En 1782, por iniciativa del obispo de Gerona, Tomás de Lorenzana, se procedió a construir una capilla en la Catedral de Gerona dedicada únicamente al Santo. Allí se colocó un sepulcro donde fue trasladado su cuerpo en septiembre de 1792.

En 1936 y a raíz de la Guerra Civil, el sepulcro de la capilla fue profanado. Los milicianos sacaron el cuerpo y lo pasearon por toda la ciudad, lo quemaron en medio de una calle (algunas voces populares dicen que fue en la Rambla) y las cenizas fueron lanzadas al río Onyar. También otros testimonios indican que no lo llegaron a quemar y que lanzaban los huesos al río con las consiguientes burlas y tomaduras de pelo dirigidas al Santo. Todo es muy confuso, pero lo que sí queda claro es que en el interior del sepulcro, que se pudo salvar de la profanación, no está el cuerpo.





2

SAN JULIÁN DE CUENCA

(1128-1208)

RESEÑA BIOGRÁFICA

Julián nació en el año 1128, en Burgos, entonces capital de Castilla. Fue el hogar paterno la primera escuela de aprendizaje para su espíritu y su inteligencia. Sabemos que se trasladó a Palencia, para hacer los estudios superiores. El joven estudiante burgalés provocó bien pronto la admiración de estudiantes y profesores, terminando sus estudios con el brillante título de Doctor. En 1153, el claustro de profesores acordó nombrarlo profesor de Filosofía y Teología en la célebre universidad palentina. Durante los veintiún años que estuvo en Palencia -once de estudiante y diez, de profesor -su habitación no era sólo salón de estudio y oratorio, sino, además, obrador de menestral, pues por aquel su espíritu de caridad, ejercido a lo largo de toda su vida, trenzaba unas cestillas con mimbre y sarga, que luego repartía como limosna, jueves y sábados, a los pobres, que se alimentaban con el producto de su venta.



En su cátedra enseñó Julián con claridad, sencillez y aprovechamiento. Su fama crecía de día en día y la admiración por el joven profesor no tenía límites. Treinta y cinco años tenía cuando decidió abandonar Palencia para vivir en Burgos, en una humilde casa que construyó fuera de la ciudad, una vida de retiro, preparándose para el sacerdocio y el apostolado.

Recibió la tonsura y las órdenes menores, y acompañado del más joven criado de su casa paterna, el fiel Lesmes, marcharon los dos a vivir a una casita junto a Burgos y a orillas del Arlanzón. La oración, la mortificación y el estudio fueron sus ocupaciones constantes. Bajo la sabia y experta dirección espiritual de un religioso agustino de un cercano convento, recibió la ordenación sacerdotal en 1166. Permaneció aún algún tiempo en aquel retiro antes de comenzar su intensa vida de apostolado.

Después de evangelizar en su tierra burgalesa, decidió recorrer la geografía española. Hacia 1190 sabemos que estaba por tierras de Toledo. El arzobispo Martín López le nombró arcediano de la catedral toledana. Con la muerte del primer obispo de Cuenca, el 14 de diciembre de 1195, a la edad de sesenta y ocho años, Julián fue nombrado obispo.





Por lo que se refiere a su labor como obispo de Cuenca, tuvo una gran preocupación y predilección por sus sacerdotes a los que quería santos y apóstoles. De todas las virtudes de San Julián, la que más sobresale es su caridad: caridad ardiente por las almas de sus diocesanos, a quienes instruye y forma; caridad por los cuerpos, que socorre abundantemente en sus necesidades materiales. No sólo durante la peste que asoló a Cuenca y provincia en el primer año de su pontificado, sino siempre; caridad para con todos.

San Julián murió en olor de santidad el 28 de enero de 1208. *“Durante más de trescientos años su cuerpo estuvo enterrado en la capilla de Santa Águeda, situada en el pilar del crucero, en donde ahora se encuentra el púlpito del lado de la Epístola.*

Era tal la fama de santidad y de santo milagrero, que acudían al sepulcro multitudes de devotos, y el deseo de llevarse algo de la capilla y sepulcro, ocasionaron un deterioro grande de estos lugares: llegaron a horadar la pared tras la cual se ocultaba el sepulcro, e incluso a arrancar astillas de la misma caja que contenía su cuerpo, para llevárselas como reliquias, que luego aplicaban a todo género de dolientes.”

Diversas circunstancias y sucesos llevaron al Cabildo a inspeccionar el sepulcro, quedando sorprendidos porque se conservaba incorrupto. Tres días estuvo expuesto a la vista del pueblo, que acudió en gran multitud. Fue sacado en procesión, recorriendo las principales calles de la ciudad. Una vez que fue acondicionada la capilla, que hoy llamamos capilla vieja de San Julián, fue puesto allí. En esta capilla estuvo 242 años, puesto que en el año 1760 volvió a ser trasladado a la construida para él, la capilla del Transparente, suntuosa y bella, considerada como la joya de todas las obras realizadas por el gran arquitecto Ventura Rodríguez. Aquí resta decir que el obispo D. Alonso Antonio de San Martín mandó construir, en 1695, un arca de plata para guardar el cuerpo de San Julián en sustitución de la anterior. Ésta quedó bajo la mesa del altar de abajo sin el cuerpo de San Julián, y la nueva de plata, con el cuerpo de San Julián, se colocó en la parte de arriba, donde estuvo hasta que fue trasladada a la capilla del Transparente. De allí ya no se movió y allí estaba el mes de agosto del año 1936.





PROFANACIÓN⁵

Poco después del asesinato del obispo mártir, Beato Cruz Laplana y Laguna, fue abierto a golpe de martillo el arcón de plata y profanaron el sagrado cuerpo, con las formas más soeces que imaginar se puede. Desconocemos cómo y por dónde llevaron el cuerpo incorrupto de San Julián al lugar donde fue arrojado a las llamas, un patio del Palacio Episcopal. Del paradero del arcón de plata nada cierto sabemos.

El 28 de enero del año 1940 se celebró la fiesta de San Julián sin “la reliquia” del santo patrón, lo que no había sucedido durante cerca de siete siglos y medio. Una vez que el cuerpo incorrupto del santo fue devorado por el fuego, el portero de Palacio, D. Manuel Torrero Lavisiera, recogió algunas cenizas y 37 restos de huesos que se habían salvado de las llamas. Los escondió debajo del colchón de la cama en que dormía y en la mesita de noche. Allí estuvieron hasta que se restableció la paz en España; pero el 28 de enero de 1940 ya habían sido llevados a la Escuela del Instituto Nacional de Medicina Legal de Madrid para autenticarlos, es decir, para que dictaminasen si pertenecían o no al cuerpo de San Julián. No volvieron a Cuenca hasta octubre del año 1945. Durante este tiempo, cerca de cinco años, la reliquia de San Julián estuvo fuera de Cuenca.

El 11 de enero de 1940 todos siguieron la exhortación que escribió el Ilmo. Sr. Vicario General dando ánimos para celebrar la fiesta de San Julián:

“Mis amados en el Señor: se aproxima la celebración de la fiesta del excelso patrón de esta diócesis, su segundo obispo, el glorioso San Julián. Todos conocéis y sin duda que todos lamentamos en lo más íntimo de nuestro corazón, como cristianos y muy singularmente como conquenses, la profanación de que fueron objeto las sagradas reliquias del cuerpo de nuestro santo obispo, arrojadas al fuego por unos desgraciados que deben inspirarnos la mayor compasión, ya que no hay desgracia comparable con la de la pérdida de la fe.

Podemos asegurar que los autores de tan execrable crimen no han conseguido completamente sus deseos, ya que se conserva alguna reliquia y se ha incoado proceso canónico para reconocer algunos huesecitos hallados en el lugar donde fue quemado el cuerpo de nuestro santo, y recogidos en los primeros días de abril inmediatos a la liberación (tenemos

⁵ Agradecemos al Rvdo. Sr. Don León Chicote Pozo, canónigo de la Catedral de Cuenca, su colaboración con este apartado sobre la profanación de la tumba de San Julián.



que advertir que el portero de Palacio recogió las cenizas y unos 37 huesecitos y otras personas recogieron lo que ahora se indica) y un cráneo, pudiendo abrigar en nuestro pecho fundadas esperanzas de que el resultado del proceso satisfará de algún modo, siquiera sea incompleto, nuestra tierna devoción a aquel que el Cielo quiso darnos como protector especialísimo de esta ciudad y de esta diócesis.

Pero entre tanto se sustancia el proceso de reconocimiento de las veneradas reliquias, nosotros, todos los conquenses dignos de este nombre, hemos de suplir la falta del cuerpo de San Julián, celebrando su fiesta con un mayor fervor espiritual y amor de hijos; y si todos los años nos agrupábamos en este día alrededor y junto a su altar para exponerle nuestras necesidades y pedirle remedio de ellas, en este año, el primero después de tres aciagos, en que podemos hacerlo con entera libertad y exentos de temores, hemos de añadir a los muchos motivos que excitaban nuestra devoción, el vivísimo anhelo que sin duda sentimos todos, de reparar los ultrajes inferidos o que quisieron inferir a las reliquias de nuestro santo.

Para celebrar la festividad con el mayor esplendor posible, dadas las circunstancias actuales, nos pondremos de acuerdo con el Ilmo. Cabildo Catedral y demás corporaciones locales, anunciándose a los fieles por los medios más oportunos.”

Cuenca, 11 de enero de 1940.

El Vicario (*Boletín Oficial Eclesiástico*, 15 de enero de 1940).





3

SAN BERNARDO CALVÓ

(1180-1243)

RESEÑA BIOGRÁFICA

Su padre, noble caballero apellidado Calvó, participó en el siglo XII en la reconquista de Tarragona, una de las provincias del antiguo Principado de Cataluña, entonces en poder de los moros. La familia se radicó en una casa de campo, conocida como masía de Calvó. En ella nació, en el año 1180, Bernardo. Ya desde niño se manifestó su inclinación religiosa. Acabados los primeros estudios, cursó Derecho, presumiblemente en la universidad de Bolonia. Ejerció como abogado en la curia del arzobispado de Tarragona.

Poco después de cumplir treinta años, en 1213, cayó gravemente enfermo, y en ese angustioso trance se produjo una transformación total de su vida. Se dirigió al monasterio de Santas Cruces, de la Orden del Císter. Sus parientes lo asediaron para hacerlo desistir, pero su vocación era fuerte y al cabo de un año profesó.

Se compenetró allí del espíritu renovador que un siglo antes resplandeciera con San Bernardo de Claraval, y renunció a sus bienes, enamorado de la pobreza y la caridad, características de la orden cisterciense.

De vida austera, su ejemplar conducta y su gran amor hacia los semejantes fueron reconocidos por todos y trascendieron los muros del monasterio. Al morir el abad, hacia el año 1225, lo nombraron para sucederlo. Y, a pesar de su resistencia, debió finalmente aceptar. En el ejercicio de esta nueva dignidad, fue cofundador y director espiritual de las religiosas cistercienses de Valldonzella, en Barcelona.

Tuvo lugar por este tiempo la conquista de la isla de Mallorca, en poder de los moros, que llevó a cabo el rey don Jaime I el Conquistador. La caridad de Bernardo Calvó se manifestó ayudando a los más desvalidos y a los familiares de los caballeros caídos en la empresa. Entre tanto, salió frecuentemente a misionar por los pueblos.

Al quedar vacante la sede episcopal de Vich, el cabildo consideró que Bernardo Calvó debía ocuparla, declarando que era *“el varón prudente y discreto, tanto en los asuntos temporales como*





espirituales, a quien la madurez de edad, la honestidad de su conducta, una formación teológica competente y su exquisito trato lo hacen idóneo con creces para asumir tan santa dignidad". El se resistió a aceptar el cargo; fue necesario que el pueblo en masa se lo pidiera.

A Vich llevó el Santo el espíritu que lo impregnara en Claraval. Cuidó sobre todo el decoro del culto y la administración de los sacramentos; exigió a los clérigos ejemplaridad de vida y conocimiento pleno de las Escrituras, llegando incluso a facilitar a los más capaces su asistencia a las universidades extranjeras. Predicó la cruzada contra los moros para la reconquista de Valencia. Su firma aparece en el acta de la rendición de la ciudad. Murió el 26 de octubre de 1243.

PROFANACIÓN

En los primeros días de la revolución marxista de 1936, los restos gloriosos de San Bernardo fueron vilmente profanados, arrancados de su sarcófago y echados por el suelo. Recogidos los santos huesos unos días más tarde, fueron llevados al cementerio de la ciudad, donde se recuperaron en 1939, bajo forma de proceso de autenticación y reconocimiento.





4

SANTA BEATRIZ DE SILVA

(1424-1491)

RESEÑA BIOGRÁFICA⁶

Beatriz nació en Ceuta, en 1424. En 1434, su padre fue trasladado a tierra portuguesa donde transcurrió la infancia y adolescencia de Beatriz, en una familia de once hermanos. El hogar de los Silva Meneses respiraba espíritu cristiano y piadoso, siendo los franciscanos los educadores de sus hijos.

En 1447, con poco más de veinte años, Beatriz abandonó Portugal y llegó a Castilla con el séquito de la infanta Isabel de Portugal, quien se unía en segundas nupcias con el rey D. Juan II, en Madrigal de las Altas Torres (Ávila). De esta unión nacería Isabel la Católica, a quien Beatriz mecería y, más tarde, siendo Isabel reina, ayudaría en la fundación de la Orden. La corte de Castilla residía por entonces en Tordesillas y el ambiente palaciego estaba dominado por intrigas y frivolidades cortesanas de la época. Las fiestas, cacerías y bailes iban envolviendo la falsa atmósfera de la corte; la bella Beatriz y sus limpios ojos fascinaron a nobles y caballeros; le sonreía gran porvenir. Nadie podía adivinar la lucha interior que padecía. Su mente, fija en Dios, la ayudaba a superar cuanto le acontecía en medio de la corte.

Fuese por intrigas de algún caballero resentido ante la negativa de Beatriz a sus pretensiones, fuese por celos de la reina, que llegó a ver en ella una amante rival, cayó en desgracia de ésta. Por ello, un día la invitó a acompañarla a los sótanos del palacio y, al llegar al lugar, acercó a Beatriz a un cofre o baúl grande y, empujándola, la metió, cerrándola con llave.

En momentos tan difíciles, según se recoge en el Proceso de Canonización, *«recibió la visita de la Reina del Cielo, vestida de blanco y azul, que la consoló con su presencia. Después de anunciarle que sería liberada, le confió el mensaje de que fundara una orden consagrada al culto y honor de su Inmaculada Concepción»*, con el mismo hábito que ella traía: blanco y azul. Como reconocimiento se consagró con voto de virginidad, con firme propósito de cumplir el mensaje recibido. En este momento se empezó a gestar la Orden de la Inmaculada Concepción.

⁶ Agradecemos a las Madres Concepcionistas de Toledo haber podido usar este material que se encuentra en su página www.concepcionistastoledo.org.





La intervención de don Juan Meneses, tío de Beatriz, hizo que la reina Isabel abriese el cofre pasados tres días, esperando que su dama fuese ya cadáver. La sorpresa de todos fue impresionante. Beatriz apareció con más belleza y lozanía que antes de ser encerrada. Todos adivinaron que la bella dama portuguesa había sido favorecida en aquellas horas oscuras y tenebrosas con alguna luz especial del Cielo. La Santísima Virgen la había escogido para dama suya.

Tras lo sucedido, Beatriz decidió abandonar la corte y, con la ayuda del propio rey, se dirigió a la ciudad de Toledo, al convento de Santo Domingo el Real. En dicho Convento vivía, no como religiosa dominica sino como pisadera, acompañada de dos criadas. Cuando apenas había alcanzado los 25 años, buscó en la soledad del claustro el silencio, la tranquilidad de espíritu, la comunicación con Dios. Siempre en actitud de oración y penitencia, con el rostro velado, durante los treinta años que vivió en Santo Domingo, fue sin duda madurando el gran proyecto: fundar la nueva Orden en honor de la Inmaculada, con confianza, a la espera de la manifestación de la hora de Dios. En este tiempo armonizaba la contemplación y la acción, destacando tres amores primordiales: el de la Eucaristía, el de la Pasión y el de la Inmaculada Concepción de María, penetrando en la obra redentora de Dios, manifestada en Cristo.

Aquí recibiría un día a la Reina de Castilla, que tal vez buscaba el perdón y la reconciliación. También a su hija, Isabel la Católica que, al parecer, atraída por su carisma y vida ejemplar, decidió apoyarla. Fruto de la estrecha colaboración entre Beatriz y la reina Isabel la Católica, tan devota de la Inmaculada, nació la nueva Orden en la Iglesia.

Por los años 1480-1483 se le repitió la visión de Tordesillas. Beatriz no vaciló. ¡Había llegado la hora!, urgía la fundación de la Orden.

Mientras tanto, la Providencia iba preparando los acontecimientos para que Isabel la Católica se interesase por la fundación de la Orden concepcionista. Había sido proclamada reina en 1474 y algún año después entraba en Toledo; venía a cumplir la promesa hecha en la batalla de Toro de edificar un templo a San Juan Evangelista. El lugar escogido estaba próximo al monasterio donde residía Beatriz. En todos estos años turbulentos, en medio de campañas guerreras, cuando la Reina venía a Toledo, buscaba



tiempo para ir a conversar con Beatriz. En 1479, «con la ayuda de Dios y de la gloriosa Virgen María, su Madre», se firmó la paz definitiva entre Castilla y Portugal. Esto pudo ser un motivo especial para que la Reina Católica, tan devota de la Inmaculada, apoyase la fundación de la Orden concepcionista, que la Virgen había confiado a Beatriz.

El año 1484 Isabel la Católica concertaba con Beatriz la donación de unas casas de los palacios reales de Galiana, junto a la muralla norte de Toledo. Le donaba también la capilla adjunta, dedicada a Santa Fe por la reina Doña Constanza, esposa de Alfonso VI. Con doce compañeras (entre ellas, una sobrina) pasó Beatriz a ocupar esta nueva mansión toledana. Cinco años pasó Beatriz echando los cimientos de la Orden concepcionista, bajo la protección de Santa Fe.



La aprobación de la Orden Concepcionista, solicitada al Papa por Beatriz y la Reina mediante las “minutas”, era firmada por Inocencio VIII el 30 de abril de 1489 por la bula *Inter Universa*. En este mismo día se presentó en el torno del convento un personaje misterioso, preguntando por doña Beatriz de Silva y comunicándole la firma de la bula por el Papa. De esta manera supo ella en Toledo el momento en que se otorgó en Roma por revelación divina y creyó, sin duda, que este mensajero era San Rafael, porque desde que supo decir el Avemaría le había sido muy devota y rezaba cada día alguna oración especial.

Tres meses más tarde llegó a Toledo la noticia de que la bula se había ido al fondo del mar, por haber naufragado la nave donde venía. Toda la ciudad de Toledo se asoció con gran júbilo a la procesión en que se trasladó la “bula del milagro” desde la catedral al convento de Santa Fe. Tuvieron lugar todos estos festejos en los primeros días del mes de agosto de 1491. Actuó en la procesión, misa pontifical y sermón el insigne padre franciscano Francisco García de Quijada, obispo de Guadix. Fue puesta en vigor el 16 de febrero de 1491.

Pero... «a los cinco días, estando (Beatriz) puesta en muy devota oración en el coro, aparecióle la Virgen sin mancilla..., la cual le dijo: “Hija, de hoy en diez días has de ir conmigo, que no es nuestra voluntad que goces acá en la tierra de esto que deseas”».





Como declaran los testigos en el Proceso de Canonización, pasaba largas horas de la noche en el coro y, yendo una vez a maitines, según acostumbraba, halló la lámpara del Santísimo Sacramento apagada, y poniéndose en oración, oyó una voz, y escuchó: *«Tu Orden ha de ser como esto que has visto, que toda ella será deshecha por tu muerte, como la Iglesia fue perseguida al principio, pero después floreció y fue muy ensalzada, así ella florecerá y será multiplicada por todas las partes del mundo.»*

El mismo día 16 de agosto, que se había acordado para la toma de hábito, tuvo lugar la tranquila muerte de Beatriz. El mismo padre confesor le impuso el hábito y velo concepcionistas y recibió su profesión religiosa.

PROFANACIÓN

Los hechos acaecidos en la España del siglo XIX y, básicamente, la Desamortización (1835) afectaron negativamente la marcha del Monasterio. Más dolorosas aún fueron las vicisitudes en la República de 1931-1936. Contaba la Comunidad con doce religiosas (dos murieron en este tiempo). Era abadesa la Madre María del Pilar González, que sobrevivió hasta 1946, y capellán, el Siervo de Dios Juan Bautista de la Asunción Borrás, Beneficiado de la catedral, mártir en Toledo el 6 de agosto de 1936.

Desde los primeros días, uno de los edificios que fue usado por los milicianos para asediar el Alcázar, debido a la proximidad, fue este Convento. Por eso, las religiosas tuvieron que abandonarlo y refugiarse en una casa próxima, acompañadas por el Capellán y sus hermanos. Días después, al comunicarles que era urgentísimo abandonar la casa donde estaban refugiadas porque iban a bombardearla, como así fue, decidieron encaminar los pasos otra vez al Convento para ver si en él podían ocultarse. En el precipitado y corto trayecto, una hermana de 84 años que iba descalza sufrió varias caídas y, con la ayuda de dos religiosas, sin apenas poderla sostener, por fin, llegaron al Convento, refugiándose en el refectorio bajo.

El Capellán y sus hermanos acompañaban a la Comunidad. La situación era angustiosa porque aumentaban las dificultades. Fueron tres inacabables días. Al poco tiempo, el griterío y los golpes llegaban al Convento. Las religiosas se refugiaron en la portería y, en el momento que intentaron salir, sor Visitación cayó muerta en brazos de dos hermanas. Pero hasta el día siguiente no pudieron enterrarla en una habitación llena de escombros.

Crecían los alaridos, se oían frases de los milicianos: *«¡Soldados, soldados, matad sin piedad a todos vuestros jefes y uníos a nosotros, que nada os haremos!»* A las hermanas les parecía el último momento de su existencia: amenazas, estallidos de minas, tiroteos...





El Capellán mandó a su hermano para que, desde la escalera de la calle, pidiera auxilio a los guardias, que estaban en el Museo Nacional de Santa Cruz, diciéndoles que los milicianos y la turba habían entrado en el Convento. Los de Asalto pudieron sacarlas por el hueco de una reja que habían volado con dinamita y después las condujeron al Museo, donde las atendieron, pasando en él la noche. Al Capellán y a su hermano no les llevaron allí. Pocos días después supieron que le habían fusilado, acribillando su cuerpo con diez balazos.

Con la ayuda del teniente y de los guardias, fueron conducidas a los conventos de dominicas, Jesús María y Madre de Dios, donde fueron muy bien acogidas. Pero el día destinado para hacer estallar la primera mina que colocaron, con el fin de acabar con la resistencia del Alcázar, las tres Comunidades tuvieron que pasar por otro dolor y pavor: sus plegarias subían al Cielo y, rodeadas por los milicianos a las afueras de Toledo, pensaron que había llegado el fin de sus vidas. Todo quedó en un susto. Ellas, en medio del sufrimiento e intranquilidad siguieron esperando, hasta que se enteraron de que Toledo había sido liberada el 27 de septiembre, aunque hasta el 28 no se supo.

Por fin todo pasó, pero cuando pudieron regresar al Convento, ¡qué cuadro más horrendo! La cuna de esta Orden gloriosa, profanada. Estaba desconocido el Convento. Las bellas imágenes de la Madre Fundadora y de la Inmaculada, decapitadas, y destrozados los escornos de sus angelitos; la de San Francisco, también sin cabeza y vaciados los ojos; igual hicieron con una imagen de la Niña María y con otros santos. Dos imágenes del Santísimo Cristo, hechas pedazos. La imagen de piedra de la Santísima Virgen, donación de la princesa de Asculi, rota en tres pedazos. En el coro bajo, el sepulcro de mármol que encerraba las arcas de plata que contenían las veneradas reliquias de la Beata Madre Fundadora, completamente desbaratado y, por el suelo, los benditos y queridísimos restos: en dos pedazos, el cráneo y arrebatada la estrella de oro de su frente. Las mencionadas arcas se encontraron después, entre los escombros del patio. La del cráneo apareció totalmente aplastada.

Las magníficas vidrieras de la Capilla del Sepulcro, que representaban a Isabel la Católica y al Cardenal Cisneros quedaron hechas añicos.

Las tumbas abiertas, incluso la de la ya nombrada Princesa de Asculi. Se llevaron tres momias al jardín. El gran cuadro de la ínclita Fundadora, lleno de agujeros. En el claustro sacaron los restos de una de las sepulturas y colocaron un Jesús Nazareno, después de amputarle la cabeza, brazos y piernas.

Documentos, custodias de plata, vasos sagrados, desaparecidos; ropas, saqueadas. Los hábitos y mantos azules fueron exhibidos y escarnecidos por las calles. Debido a las bombas y a las explosiones de las mismas, resultaron terribles desperfectos en el interior del edificio.

Todo había sido como una terrible pesadilla: cincuenta y un días, que a la Comunidad se les





hicieron años. Las hermanas, con su oración, suplicaban a Jesús, María y todos los santos misericordia ante tanta profanación, perdón y consuelo; también la celestial protección para comenzar una nueva vida y poder llevar adelante la reconstrucción.

LAS SAGRADAS RELIQUIAS

Los Sagrados Restos de Santa Beatriz sufrieron diversos avatares: primero fueron venerados en Santa Fe, después en San Pedro de las Dueñas. En 1499, su sobrina Felipa de Silva se los llevó al convento de Madre de Dios (dominicas) hasta que, en 1512, la Comunidad de la Concepción los solicitó y, gracias a un Breve venido de Roma, fueron trasladados y recibidos en esta Casa Madre con gran fiesta y alegría.

¿Quién iba a decir que, a los 424 años, volverían a encontrar cobijo y amor en el convento de dominicas de Jesús y María? Ahora el motivo era la guerra de 1936. Los Sagrados Restos fueron profanados, sirviendo esta profanación para que una vez más resplandeciera la mano de la Divina Providencia. Los Sagrados Restos fueron reconocidos por el agradable perfume y por la estrella en la frente del cráneo. Una vez las cosas ya tranquilas, el 3 de noviembre de 1945 se trasladaron nuevamente, ahora en procesión, presidida por D. Enrique Pla y Deniel, cardenal arzobispo de Toledo, desde el convento de Jesús y María a éste de la Concepción, celebrando un triduo, al que asistieron un gran número de toledanos.

Después de un no corto periodo de sacrificios, el 9 de octubre de 1968, se inauguró la nueva y actual Capilla Sepulcro, para depositar los Sagrados Restos de la Santa Madre Beatriz de Silva.





5

SAN PASCUAL BAILÓN

(1540-1592)

RESEÑA BIOGRÁFICA

Pascual nació el 16 de mayo de 1540 en Torrehermosa (Zaragoza). Desde los siete años tuvo que cuidar las cabras y las ovejas de su padre. Supo rodear de piedad su vida de pastoreo, piedad que aumentó sensiblemente desde el día en que recibió la Primera Comunión. Tendría unos 12 años cuando su padre le puso al servicio de un vecino llamado Martín García. Éste le ofreció con el tiempo sus rebaños, su hacienda y su propia hija; pero Pascual estaba firmemente decidido a seguir la vocación religiosa: llamó a las puertas del convento alcantarino de Monforte (Alicante) y vistió el hábito franciscano en Elche, el 2 de febrero de 1564.

A los pocos días volvió al convento de Nuestra Señora de Loreto, de Monforte. Pascual tenía una tierna devoción a la divina Eucaristía. Pasaba horas enteras postrado ante el Tabernáculo.

De los ocho años de formación que pedía la Regla, siete los pasó en Monforte; el octavo, entre Elche y Villena. En 1573 pasó a Valencia, donde residió unos tres años, ocupándose del refectorio, de la portería, de la cocina y de pedir por los pueblos para la manutención de sus Hermanos y de los pobres. Su celo consiguió afamadas conversiones. No obstante, hubo de pasar por el crisol de las tentaciones y de la noche oscura. Más tarde le nombraron Maestro de Novicios del convento de Almansa. Luego residió en Elche. De Elche pasó al convento de Jumilla, donde le eligieron

